

María Zambrano se fija, al final de su ensayo, en un pájaro que abandona sus huevos, sus embriones, y en su despreocupación es feliz.

¡Con qué agilidad aletea el avestruz!  
¿No son sus plumas como las de la cigüeña?  
Abandona sus huevos en el suelo,  
deja que se calienten en la arena,  
sin pensar que algún pie puede pisarlos,  
o aplastarlos una bestia salvaje. (39: 13-15)

Identifica esta imagen con el Job que, abandonado, mudo y atónito, asiste al poema de su Hacedor: «Cuando se quedó sin palabra, hundido en el silencio, ¿llegaría Job a sentirse en ese pájaro, con ese pájaro, bajo ese pájaro invulnerable que deja a sus crías germinar como si suyas no fueran, sabiendo que levantarán las alas?» (Zambrano, 1955:408). El abandono supera a la palabra: representa el mayor enigma, el último límite, ya indemne, de la existencia. Es un estado intermedio entre la vida y la muerte; pertenece al orden de lo germinal y lo inconmensurable. En un cuento jasídico encontramos la portentosa identificación de la nada con el embrión: el huevo. ¿Será la misma nada a la que Job invoca: ese espacio primigenio, anterior al nacimiento pero abierto a la existencia, al que desearía volver? El relato dice:

## EL ESTADO INTERMEDIO

El maguid de Mezritch dijo: «Nada en el mundo puede pasar de una realidad a otra sin retornar primero a la nada, esto es, a la realidad del estado intermedio. En este estado es la nada y nadie puede concebirlo porque ha llegado al punto de la nada, tal como era antes de la creación. Y entonces se transforma en la nueva criatura, desde el huevo hasta el polluelo. Y el momento en que el huevo ya no es y el polluelo aún no es, es la nada. Y en términos filosóficos, éste es el estado primario que nadie puede asir porque es una fuerza que precede a la creación; es el caos. Es como el germinar de la semilla. La transformación no se inicia hasta que la

simiente se desintegra en la tierra, y la calidad de simiente es destruida a fin de que pueda alcanzar la nada, que es el peldaño anterior a la creación. Y este peldaño es llamado sabiduría, es decir, un pensamiento que no puede ser manifestado.» (Buber, 1993:159)

Quizá por ello Job, en su último abandono, mientras asiste a las palabras del Creador, ya no tiene acceso a la palabra. Es nada, y por lo tanto no hay, todavía no hay en ese instante, nada en él que pueda tomar el camino de la realidad: ser manifestado. Ha perdido todo los recursos y sin embargo respira; es un cuerpo abierto a la vida, preparado para cualquier metamorfosis.

Juan Gelman titula su poema «El Fénix», un ave fabulosa que los antiguos creyeron que era única y renacía de sus cenizas. En su texto, sin embargo, parece no haber resurrección posible: el último verso afirma que el único paradero es la muerte. Job también niega explícitamente la resurrección de la carne, pero con su palabra de poeta invoca a la esperanza. Gelman, de este modo, se sitúa en la posición del que espera aunque haya perdido cualquier fe. Anhela un advenimiento, encuentra en su interior una larva a la que, incrédulo, alimenta. Otro cuento jasídico podría darnos la clave de tal proceder:

## LO QUE PERSIGUES

Rabí Pinjas acostumbraba a decir: «Lo que persigues no lo logras. Pero lo que dejas crecer lentamente, a su manera, viene hacia ti. Corta un gran pez y en su vientre hallarás el pececillo yaciendo cabeza para abajo.» (Buber 1993:184)

¿Y si el renacimiento del Fénix se produjera por el camino menos pensado? Quizá la promesa se cumple, de carambola, con su simple aceptación. El poema de Gelman comienza con un singular mea culpa, puesto en boca de Job:

fui soberbio/creí  
que eras una página en blanco  
como tu alma/confundí  
tu bondad con candor/tu candor  
con desvío del mundo/escribí

líneas equivocadas/palabras/  
en la noche obsedida de mí/pero no  
fui ojos para el ciego/pies al rengó/  
me creí revestido de justicia/pensaba  
«pereceré en mi nido y como el fénix  
redoblaré mis días»/pero fui  
insensato y grosero/equivoqué  
mi camino hacia vos/ (Gelman 1994:511)

El personaje critica su orgullo, el haber creído saber, merecer, ser justo, bueno y piadoso. Un hombre sin mácula. ¿Pues hasta qué punto conocemos el alcance de nuestros actos? ¿Sus consecuencias nos pertenecen? Y el camino hacia Dios, tantas veces errado por el hombre, no parece ser otro que el de una existencia asombrada, ya libre de ambiciones y preguntas, que se colma a sí misma en el puro goce de ser. Un cuento jasídico advierte:

## LAS ABEJAS

Rabí Rafael de Bershád dijo: «Dicen que el orgulloso renace como las abejas. Porque, en su corazón, el hombre soberbio piensa: ‘Yo soy un escritor, yo soy un cantor, yo soy grande en el estudio.’ Y verdad es lo que se dice de hombres semejantes: que no se volverán hacia Dios ni siquiera en el umbral del infierno. Renacen después de su muerte y nacen de nuevo como abejas que zumban y zumban: ‘yo soy, yo soy, yo soy.’» (Buber 1993: 184)

Job parece haber pasado, sin necesidad de reencarnarse, por todos los estados. De la complacencia de sí al abandono, a la pura respiración palpitante. La bondad y la justicia le han conducido al sufrimiento: la soberbia, entendida como anhelo de ser ‘algo’ –pura satisfacción en la propia identidad y en lo que se posee– ha dado paso a un deshacerse en cenizas fértiles y asombradas: vecinas de la muerte, pero preparadas para cualquier vida. La respiración de Job es deseo del zumbido de la abeja: anhelo previo a cualquier manifestación, germen que lucha silenciosamente en la antesala de la realidad por alcanzar la puerta que le conduzca a nuestro mundo.

María Zambrano nos da, una vez más, las claves de este fijarse en la naturaleza, en la mirada de los otros, de los animales: «Los animales señalados por el Señor se erguían mudos con su enigma sobre Job. Ellos eran signos directos, vasos de la voluntad todopoderosa, y algo así como su séquito, o quizás los guardianes de su insondable ciencia.» (Zambrano, 1955: 404). Los animales no tienen conciencia de sí, como Job, pero se sitúan ante él como un enigma viviente. Sus miradas se encuentran, y en ese cruce parece recalar un aterrador secreto. Dice Job:

Camino ensombrecido, sin ver el sol, me alzo en la asamblea sólo para gritar. Me he vuelto hermano de chacales, y compañero de avestruces. (30:28-29).

Borges cierra el prólogo de *Elogio de la sombra* con una constatación hermosa y amarga: «La poesía no es menos misteriosa que los otros elementos del orbe. Tal o cual verso afortunado no puede envanecernos, porque es don del Azar o del Espíritu; sólo los errores son nuestros. (...) En este mundo la belleza es común.» (Borges, 1989:317).

Job, en su desposesión absoluta, mudo y apabullado por el inmenso poema de Dios, parece transmitirnos el mismo mensaje. La poesía es aquello que se recibe: la palabra suplicante y al fin revelada. Por ello anida, y eso lo perciben nuestros tres autores, cada uno a su manera, en la Creación, y más concretamente en los animales: seres que nos interrogan desde su silencio, que nos devuelven al misterio, lleno de belleza y de inquietud, al que se enfrenta toda existencia humana.

## BIBLIOGRAFÍA

- AIZENBERG, Edna (1986): *El tejedor del Aleph: Biblia, Kabala y Judaísmo en Borges*, traducción de David Aguilar, Madrid, Altalena.
- BUBER, Martin (1993), *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros I*, traducción de Ana María G. de Kantor, Barcelona, Paidós.
- BLOOM, Harold (1991): *La angustia de las influencias*, traducción de Francisco Rivera, Caracas, Monte Ávila.

- BORGES, Jorge Luis (1989): *Obra poética 1923 / 1985*, Buenos Aires, Emecé.
- BORGES, Jorge Luis (1967): «El Libro de Job», Conferencias, Buenos Aires, IICAI.
- BUBER, Martin (1993): *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros I*, traducción de Ana María G. de Cantor, Barcelona, Paidós.
- GELMAN, Juan (1991): *de palabra*, Madrid, Visor.
- ZAMBRANO, María (1955): *El hombre y lo divino*, México D.F., Fondo de cultura económica.
- ZAMBRANO, María (1987): *Filosofía y poesía*, México D.F., Fondo de cultura económica.

